

ERICA RUTH
NEUBAUER

MUERTE BAJO EL MUÉRDAGO

Traducción de:
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR



1

CUANTO MÁS SE acercaba el tren a la pequeña localidad inglesa de Barnard Castle, más callado estaba Redvers. Su mutismo chocaba bastante con la atmósfera festiva de la que disfrutaban los demás pasajeros, muchos de los cuales iban cargados con paquetes envueltos que llevaban a casa como regalos de Navidad.

—¿Irán a recogernos a la estación? —le pregunté a mi prometido.

—A saber... Espero que alguien se acuerde de que llegamos.

El rostro de Redvers desvelaba poco, pero todo él irradiaba tensión a oleadas. Regresar al hogar de sus antepasados durante las fiestas navideñas había sido decisión suya, aunque no le hacía mucha gracia. La invitación nos la había enviado su padre —su madre había muerto hacía años—, y la reacción instintiva de Redvers había sido rechazarla. Sin embargo, tras considerarlo un poco, cambió de opinión y aceptó en nombre de los dos con la misteriosa excusa de que tenía que hablar con su padre en persona.

Yo albergaba sospechas sobre el porqué de aquello, pero por una vez no había metido las narices en el asunto; ya me lo diría cuando estuviera preparado. Además, lo cierto era que estaba encantada de ver el lugar en el que había crecido Redvers. Eso por no mencionar que también sentía algo más que curiosidad por conocer a su padre. El trato entre ambos parecía cordial, pero no estaban muy unidos, y tenía muchas ganas de ver cómo se

relacionaban en la vida real. Esperaba con ello llegar a conocer algo mejor al hombre con quien había accedido a casarme.

Todavía no acababa de creermelo que hubiera aceptado, pero así era, aunque de momento no teníamos más que un acuerdo verbal. No habíamos hecho planes ni intercambiado ningún anillo.

Pese al silencio de Redvers, yo estaba disfrutando de la preciosa campiña inglesa desde la ventanilla de nuestro compartimento. En las ondulantes colinas ya se veía una nevada ligera, cosa que me sorprendió pese a encontrarnos bastante al norte, cerca de los Peninos Septentrionales, una sierra maravillosa que solía recibir más nieve que el resto del país —o eso me habían dicho—. Así que esperaba disfrutar de una Navidad blanca.

El apeadero de Barnard Castle consistía en poco más que un cobertizo pequeño situado entre dos vías; no había ni edificio ni jefe de estación a la vista. Redvers y yo bajamos del tren y, al mirar hacia el resto de los vagones, solo vi a otros dos pasajeros hacer lo mismo. Ya en el andén, sacamos el equipaje y agradecí que en esta ocasión viajáramos ligeros, con una única maleta cada uno. Redvers me había asegurado que no necesitaría vestuario formal. No se esperaba que nos arregláramos para las cenas, de modo que me había contenido bastante con la selección de prendas.

Al final del andén había un hombre con un abrigo de lana largo y las manos entrelazadas ante sí. Era alto, serio, y, pese a que debía de haber cumplido ya los cuarenta y muchos, en su rostro apenas se veía una arruga, lo cual hizo que me preguntara si sonreiría alguna vez. Podríamos haber pasado de largo junto a él si no hubiera alzado la voz cuando nos tuvo cerca.

—¿El señor Dibble?

Redvers se detuvo ante él.

—Así es.

Su forma de llamarlo me descolocó. Estaba muy acostumbrada a la manía de Redvers de usar solo su nombre de pila, y era poco habitual oír a alguien dirigiéndose a él por su apellido.

—Soy el chófer de su padre —informó el hombre sin moverse apenas—. Carlisle.

—Debe de ser usted nuevo —repuso Redvers.

Carlisle le ofreció una cabezada breve antes de volverse hacia mí mientras la luz de la tarde iluminaba su cabello dorado.

—¿Me permite la maleta, señora?

—Desde luego, muchas gracias —dije, con lo que también me gané un gesto breve de la cabeza por su parte.

Carlisle nos guio hasta un sedán negro en cuyo maletero metió mi equipaje, antes de volverse y agarrar también el de Redvers para colocarlo junto al mío. Mi prometido rodeó el coche y fue a la otra puerta, mientras Carlisle abría la mía y esperaba a que me acomodase en el asiento de atrás para cerrarla.

Cuando el chófer se incorporó a la carretera, Redvers rompió el silencio.

—¿Está mi padre en casa, Carlisle?

—En efecto, señor.

Redvers asintió, y pareció que eso era todo lo que iban a decirse, pues los dos guardaron un silencio algo incómodo. Tanta tensión me extrañó: ¿íbamos a relacionarnos así con el servicio de la casa de los Dibble? Carlisle era nuevo, cierto, aunque tampoco daba la sensación de ser precisamente parlanchín ni afectuoso. ¿Se debería el silencio de Redvers solo a que no estaba familiarizado con ese miembro del personal de su padre en particular?

Barnard Castle era una pequeña localidad encantadora que, por lo visto, ostentaba la categoría de villa y debía su nombre al castillo que una vez se levantó allí, aunque de él apenas quedaban las ruinas. Las tiendas de la calle Mayor estaban alegremente decoradas para la Navidad: en ellas abundaban ramas con follaje,

guirnaldas y cintas. Los escaparates exhibían sus artículos, y no pude evitar sonreír pensando que buscaría cualquier oportunidad para salir de compras durante nuestra estancia. Todavía tenía que encontrar un regalo para Redvers, pero estaba convencida de que identificaría el obsequio perfecto en cuanto lo viera. O tal vez confiaba en que fuera eso lo que pasara; era nuestra primera Navidad juntos y sentía la presión de que todo saliera bien, aunque estaba convencida de que a Redvers no le importaba demasiado. Por lo que a él respectaba en cuanto a regalos, lo que contaba era la intención.

Cruzamos el pueblo y enfilamos una carretera rural estrecha. Estaba a punto de comentar lo bonito que era el paisaje cuando torcimos hacia la derecha en un cruce y nos metimos por lo que a primera vista no parecía más que un seto vivo, pero que resultó ser un camino que llevaba a alguna parte. Dos surcos profundos y bien marcados se hundían en la tierra mientras avanzábamos dando bandazos.

Redvers me miró.

—Ya falta poco.

Le sonreí, aunque él ya estaba mirando hacia delante por el parabrisas con algo que se asemejaba un poco al pavor. Me pregunté, y no por primera vez, si no debería prepararme para una visita desagradable.

Con todo, mis reflexiones se vieron interrumpidas cuando los árboles se abrieron y ante nosotros apareció la casa solariega. Era una mansión de piedra encantadora. No podía competir en tamaño ni esplendor con Wedgefield Manor, la propiedad que pertenecía al prometido de mi tía Millie, pero aun así era un hogar grande y elegante. Miré a Redvers, cuyo gesto seguía siendo el mismo: neutro e impasible por completo. No era nada nuevo; se le daba de maravilla controlar la expresión de su rostro, de modo que solo pude intuir su desazón porque ya lo conocía muy bien.

Carlisle detuvo el coche y yo abrí mi puerta antes de darle al pobre hombre la ocasión de hacerlo. Él no se inmutó, pero vi que se le tensaban los hombros. Tendría que recordar ser un poco menos estadounidense mientras estuviera allí. El hogar de los Dibble parecía ser más formal que la última mansión en la que había estado.

—Perdóneme, Carlisle —dije.

El hombre inclinó de nuevo la cabeza, solo un poco. Me pregunté si alguna vez perdía los estribos, y qué haría falta para que ocurriera.

Cerró la puerta del coche tras de mí.

—Subiré el equipaje a sus habitaciones —informó.

Le dimos las gracias y luego seguí a Redvers hasta la puerta de entrada. Nos abrió un hombre de cierta edad, con el pelo entrecano y un traje oscuro impecable y bien cuidado. Eché un vistazo por el vestíbulo: los preciosos suelos de parqué y una armadura que montaba guardia nos dieron la bienvenida, aunque la decoración, por lo demás, era escasa.

—Youngblood —dijo Redvers, saludando al mayordomo—. Confío en que esté usted bien.

—Así es, gracias, señor Dibble. —Youngblood ya estaba ayudándome con el abrigo. Luego alargó una mano y agarró también el de Redvers, de lana gris—. Su padre está en la biblioteca.

—Gracias, Youngblood.

Me animé al oír eso de la biblioteca. Al menos podría encontrar material de lectura nuevo; no me había llevado ningún libro porque el espacio en mi maleta estaba muy cotizado. Redvers respiró hondo y miró alrededor antes de volverse hacia mí.

—Todo está igual —declaró, y me ofreció una sonrisa nada convincente.

Ladeé la cabeza y le toqué el brazo como muestra de solidaridad. Esta vez su sonrisa fue más sincera, y me tendió el brazo para que lo agarrara antes de guiarme por el pasillo.

La decoración de toda la casa era formal, no se veía calidez por ninguna parte. Incluso la temperatura del interior resultaba algo fresca. Me sentí tentada de frotarme los brazos, cosa que habría hecho de no contar con el calor de Redvers a mi lado. Eso, sin embargo, cambió en cuanto cruzamos la puerta de la biblioteca, donde un fuego chisporroteante ardía con brío en la chimenea. Empecé a sudar apenas un instante después; por lo visto, en la casa de los Dibble se pasaba de un extremo al otro. Una rauda ojeada me hizo ver las estanterías habituales llenas de libros de pared a pared y del suelo al techo, pero no parecía que fuera a encontrar muchas novelas para entretenerme. Lo único que había allí eran volúmenes gruesos encuadernados en piel que parecían ser de naturaleza estrictamente académica. Tendría que realizar una inspección más exhaustiva cuando tuviera ocasión, pero no albergaba muchas esperanzas.

Había dos personas sentadas en los sillones de delante de la chimenea, aunque no se oía ninguna conversación. Tampoco parecía que ninguno de los dos nos hubiera oído llegar, de manera que Redvers carraspeó.

—¿Padre? —dijo entonces.

El ocupante del sillón de la izquierda se estremeció un tanto y se volvió hacia nosotros.

—Redvers. Ya estás aquí.

Se puso de pie y rodeó el asiento, pero se detuvo allí mismo y posó la mano en el alto respaldo. Yo sabía que los británicos no eran el pueblo más cariñoso del mundo, pero eso me dejó atónita. ¿Ni siquiera pensaba estrecharle la mano a un hijo al que hacía casi un año que no veía?

—Habrás tenido un viaje sin contratiempos, ¿verdad? —preguntó Humphrey Dibble.

Me quedé mirando al hombre mientras él mantenía una charla banal con su hijo, y casi me pareció estar viendo a Redvers al cabo de varias décadas. La semejanza entre ambos era

innegable, y su padre, con esa mata espesa de pelo plateado, seguía siendo un hombre bastante apuesto.

Justo entonces, la persona que estaba sentada en el otro sillón se levantó y lo rodeó también.

Conseguí mantener las cejas inmóviles, aunque a punto estuvieron de arquearse con sorpresa. No era consciente de que el padre de Redvers tuviera una compañera, y una a todas luces unos cuantos años más joven que él. La mujer tenía un rostro anguloso, casi zorruno, con los ojos oscuros y un caballete pronunciado en la nariz. Sin embargo, pese a la dureza de sus rasgos, resultaba atractiva, ataviada con un vestido azul marino que realzaba su figura menuda y peinada con un moño clásico.

Redvers no tuvo tanto éxito con la contención de sus cejas; vi que una salía disparada hacia arriba cuando apareció la mujer. Por lo visto, tampoco él estaba al tanto de su existencia.

—Evelyn Hesse —dijo Redvers—. No sabía que vendrías a visitarnos. Me enteré del fallecimiento de tu marido. Lo siento mucho.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias. —Evelyn miró a Humphrey—. Lloré su muerte, por supuesto, pero eso ha dado lugar a otras oportunidades. —Posó la mano en el brazo de este.

Humphrey Dibble asintió.

—Así es. Estamos prometidos y vamos a casarnos.